

EL CRISTIANO FRENTE AL MUNDO MODERNO
EL APOSTOLADO DEL AMBIENTE (1)
(IX - 1948)

Una lección dictada durante un Congreso Nacional de Acción Católica ha de tener más el sentido de una meditación que el de una conferencia.

Se viene a un Congreso a tomar conciencia de su misión.

A contemplar la realidad presente a la luz del camino recorrido y a enfrentar la actividad futura con la mirada abierta a los horizontes históricos de esta nueva edad.

Y así mi tema se inicia con palabras del Evangelio:

“Es semejante el reino de los cielos al fermento que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta” (2).

Vuestra misión tiene el significado del fermento de la parábola evangélica.

Y a ahondar en la comprensión de este significado hemos venido.

Y por eso os hablo.

Puedan también mis palabras servir de fermento para dar a nuestro tiempo los panes ázimos de sinceridad y de verdad que necesita.

I. Misión histórica de la Acción Católica

La misión histórica de la Acción Católica ha quedado definida en frase de Su Santidad Pío XII: “es una obra de reevangelización” (3).

Bajo el signo de la Acción Católica y alrededor de la Iglesia eterna, se forma una nueva cristiandad.

Las relaciones entre el orden natural y el sobrenatural fueron rotas al comienzo de esta edad moderna.

El liberalismo triunfante en el siglo pasado quiso separar lo espiritual de lo temporal. De ahí el laicismo. De ahí la paganización de los ambientes. De ahí la escuela, la economía, la ciudad sin Dios.

(1) Ed. “Casa Hogar San Pancracio”. 1949. Conferencia dictada en el Congreso Nacional de Mujeres Católicas, verificado en La Serena.

(2) Mt. 12, 33.

(3) Discurso del 29 - VI - 1929.

La crisis del mundo moderno es ante todo crisis del espíritu.

¿Qué actitud cabe a los cristianos ante este mundo moderno?

La misión del cristiano no es la de identificarse con ninguna forma de civilización temporal, sino la de vivificar internamente a este mundo que pasa. Es de estar presente en lo temporal, pero sin ligarse.

No es la de tratar de volver a un pasado ideal que no siempre ha existido como se lo pinta, sino de empujar la humanidad hacia ese triunfo de Cristo, hacia esa Unidad con que la Revelación se cierra en el Apocalipsis en un inmenso canto. La Acción Católica ha puesto bajo un nuevo ángulo el problema de las relaciones entre el orden natural y el sobrenatural. No se trata solamente de las relaciones de la Jerarquía con lo temporal, sino de la actividad de los seculares mezclados necesariamente a todas las formas de actividad temporal.

Y esa actividad se resume en una sola palabra, evangelización.

No es pues, ni apartándose de lo temporal, ni ligándose permanentemente con él como los seculares cumplirán su misión, sino cristianizándolo. Siendo portadores de la buena nueva; evangelizadores. Cumpliendo la misión que Cristo y la Iglesia les confía; apóstoles.

Y aquí radica la misión histórica de la Acción Católica.

No se trata de un ejercicio de piedad, sino de vida piadosa, ni de añadir actos cristianos a la vida real, sino de penetrar de espíritu cristiano esa vida real, ni de perderse en la discusión si el apostolado debe ser de élite o de masa, sino de ir a la masa por la élite y buscar la élite en la masa. La Acción Católica no será *primeramente* obra de preservación, ni tampoco como a veces se ha dicho, una organización de las fuerzas católicas, será ante todo un *movimiento de expansión cristiana del laicado* tendiente a cristianizar el ambiente en que su vida temporal se desarrolla.

Y aquí radica su misión histórica o lo que me atrevería a llamar, la potencia revolucionaria de la Acción Católica.

Ella pone ante nuestros ojos como objetivo primordial del apostolado el primado del reino de Dios. Nuestra salvación personal, que a veces se nos ha presentado como finalidad de nuestra vida, no es sino la consecuencia, "la añadidura", de "buscar el reino de Dios y su Justicia" (4).

La Acción Católica nos dice, en seguida, que los artesanos *inmediatos* del reino de Dios en la vida temporal serán los seculares. Que el mundo, al cual nosotros sacerdotes hemos renunciado, pertenece a ellos. Que la acepción del laicado a esa misión redentora es el *complemento* de nuestro sacerdocio, ya que por nuestra función de mediadores no podemos mezclarnos a lo temporal más que en una cierta medida. Que frente a un mundo que se forma, los que viven en él y actúan han de darle el sentido cristiano que necesita.

El R. P. de Chenu (5) sintetiza admirablemente la misión histórica de la Acción Católica.

(4) Mt. 6, 33.

(5) Teólogo dominico contemporáneo, conocido especialmente por sus estudios históricos de la Edad Media.

“Es de temer, observa, que a veces hayamos más o menos conscientemente intentando la experiencia de santificar, de cristianizar a los individuos contra los tejidos sociales que componen efectivamente su vida. Demasiado tiempo se ha gastado un magnífico celo apostólico en “proteger” al cristiano contra su medio, en crearle un medio artificial donde pudiera refugiarse y vivir al fin cristianamente, en la piadosa atmósfera de un grupo bien cerrado, fuera de un ambiente pagano o perverso; expediente inevitable tal vez en un momento dado, pero cuyo estrecho empirismo nos llevaba a un cristianismo de emigrados... La Acción Católica no es una simple ampliación de una técnica preexistente, un agregado de vicarios laicos a un clero insuficiente, sino que, viniendo de la esencia misma del Reino de Dios y de la más profunda naturaleza de la Iglesia, es una extensión de la Encarnación a un régimen societario nuevo de la cristiandad, extensión que se realiza dentro de estructuras apostólicas nuevas, complementarias, necesarias, urgentes, cuyo principio regulador ha dado Pío XI: la participación del laicado en el apostolado jerárquico de la Iglesia” (6).

II. *Ambiente moderno*

Pero antes de abordar directamente este punto preguntemos ¿qué se entiende por ambiente? Tomo del canónigo Thiberghien la siguiente definición: “es el cuadro natural en el cual el hombre desarrolla su actividad, es la atmósfera que respira, es el fragmento de humanidad en que se injerta toda su vida”.

Toda la sociología contemporánea prueba cómo y cuánto el ambiente influencia al individuo. S. S. Pío XI en la Encíclica “*Divini Illius Magistri*” sobre la educación cristiana nos dice que uno de los elementos, y de los más importantes de la educación es el ambiente. Nadie escapa a la presión social del medio en el cual actúa y vive.

Corresponde a la Acción Católica el haber señalado la importancia del ambiente y el haber orientado el apostolado a su cristianización.

El apostolado del siglo pasado y de comienzos de este siglo se orientó principalmente a crear instituciones con fines definidos, sociedades que trataban de realizar una acción determinada; protección de la infancia, defensa de la joven, asociaciones deportivas. Ellas han realizado una gran obra de bien y lejos estoy de criticarlas, pero el hecho social del ambiente, del medio propio de vida permaneció extraño a dichas obras. Es la Acción Católica la que nos da esta fórmula apostólica: organización de la irradiación cristiana en un ambiente determinado. O sea, lo que en forma magnífica expresa el Eminentísimo Cardenal Saliege (7):

“modificar la presión social, dirigirla, hacerla favorable al desarrollo de la vida cristiana, crear por ella un clima, una atmósfera donde el hombre pueda desarrollar sus cualidades humanas, llevar una vida propiamente

(6) *Ci.: Vie Intellectuelle*, 25 - XII - 1937.

(7) Saliége Card.

te humana, donde el cristianismo pueda respirar a sus anchas y permanecer cristiano, tal es si no me equivoco, el fin de la Acción Católica" (8).

Los elementos que constituyen un ambiente son, al decir de la sociología, cuatro: una cierta unidad geográfica, la organización del trabajo, o sea el género de trabajo, la concepción de la vida y de las instituciones; las costumbres, por ejemplo, deportes, actividades artísticas, etc.

Señalado lo que es y constituye un ambiente cabe preguntar: los ambientes en que la vida normal del hombre moderno se desarrolla ¿son cristianos? o sea, ¿son favorables para que en ellos se desarrolle y cultive nuestra vida humana y cristiana? Tomados en su conjunto debemos dar una respuesta negativa. No cabe duda que existen pequeños ambientes cristianos, pero el ambiente general, el que forman los negocios, la fábrica, el cine, la llamada vida social, la prensa, la literatura, la política, etc., están lejos de favorecer al desarrollo de la vida cristiana y mucho menos de reflejar un espíritu cristiano.

Nos hallamos ante una civilización enferma, más difícilmente permeable al Evangelio que muchas otras.

El naturalismo separando el orden espiritual del temporal y constituyendo una sociedad laica ha arrancado al mundo actual de sus bases eternas.

El capitalismo liberal y el régimen exclusivo del interés han viciado profundamente las costumbres y las instituciones. La mayor parte de los ambientes en que nuestra vida diaria se desarrolla son o indiferentes o nocivos a la vida cristiana. El católico ha de enfrentarse a un mundo que, conservando aún sus raíces cristianas, se encuentra ante ambientes impregnados de paganismo. El Eminentísimo Cardenal Suhard en su Pastoral de Cuaresma de 1947, que nunca meditemos suficientemente, define la sociedad contemporánea como un "mundo sin Dios". Y el mismo Prelado de París añade:

"¿habría que admirarse de que este ateísmo universal influya sobre los mismos cristianos? A fuerza de respirar esta atmósfera, terminan por impregnarse de ella. Por todos sus sentidos ellos aspiran este veneno sutil, cuyo peligro supremo consiste en que no hace morir, sino que inmuniza contra la necesidad de la presencia divina a sus víctimas. Por eso, no es necesario ir lejos para buscar hombres sin Dios. Se les encuentra a cada paso. Un gran número de bautizados sin ser ateos auténticos se conducen prácticamente como ellos" (9).

Es el paganismo moderno del cual los ambientes generales son la expresión.

Hace seis años un eminente religioso chileno escribió una obra que tituló "¿Es Chile un país católico?". Prescindo si el título era o no el más oportuno, o si tal o cuál dato estadístico era o no completo, pero un hecho queda ahí establecido sobre lo que haya podido observarse y es que nuestros ambientes actuales no reflejan ni favorecen el desarrollo de la vida cristiana.

(8) Cf.: *Doc. Cath*, 1 - IV - 1945.

(9) *Le Sens de Dieu*, 1948.

¿Por qué insisto en esta idea que a más de alguno podrá parecer pesimismo de mal gusto?

Precisamente, para llevar al optimismo cristiano que de la realidad, por la esperanza, conduce a la acción.

Para hacer ver que el dormirse sobre la idea de que vivimos en ambientes cristianos, a más de falsa, es suicida.

Para demostrar lo que ya en el punto primero señalaba y que en los siguientes desarrollaré, a saber, que nuestra labor es de *reevangelización*, según la frase de Pío XI, que nuestra acción ha de orientarse fundamentalmente hacia la recristianización de los ambientes y que eso sólo lo podrá hacer una acción católica que esté penetrada de dos ideas centrales: que Dios ha dado a los seculares los ambientes donde el orden temporal se desarrolla, para conquistarlos, y que su vocación para tal obra ha de tener las características de la vocación misionera.

Habla San Mateo:

“Se le acercaron los fariseos y seduceos para tentarle, y le rogaron que les mostrara una señal del cielo. El, respondiéndoles les dijo: “Por la tarde decís buen tiempo, si el cielo está arbolado. Y a la mañana: hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arboles oscuros. Sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos” (10).

Yo no deseo que para los católicos de Chile pueda aplicarse el reproche de Jesús de “no saber discernir las señales de los tiempos nuevos”. Deseo, en cambio, que nuestra Acción Católica tanto más realista cuanto más alto es su ideal, se penetre de la gravedad de los tiempos que vive, se enfrente al hecho por desgracia efectivo de la paganización del ambiente y saque de él, en forma viva y apremiante, la conciencia de que tanto individual como colectivamente debe ser misionera del ambiente.

III. *Posición cristiana ante el ambiente*

Su Eminencia el Cardenal Suhard, en su trascendental Pastoral: “¿Crecer o declinar de la Iglesia?” nos ha señalado las dos posiciones que dividen al mundo católico ante el problema del mundo moderno; ruptura o adaptación.

No creo necesario el repetir las enseñanzas de un documento que todo católico que experimente las inquietudes de su tiempo debe leer y meditar.

Bástenos señalar un principio general que debe guiarnos constantemente en este problema: “no hay que rechazar al mundo para pertenecer a Cristo, sino conducir con nosotros el mundo a Cristo” (11).

Una visión cristiana del mundo nos muestra a Dios, centro de toda la creación material e inmaterial. Es el último verso con que la Divina Co-

(10) Mt. 16, 1-3.

(11) P. Roche, *Chrétiens dans le monde*.

media se cierra: "l'amor che muove il sole e l'altre stelle". Nos señala a Cristo como "el restaurador universal", para emplear una expresión paulina. Nos hace ver a la Iglesia como la maravillosa prolongación del misterio de la Encarnación por donde toda la Humanidad ha de retornar hacia Dios.

De este principio general debemos descender, en seguida a algunas aplicaciones particulares concretas y la primera es la siguiente: ¿cuál es el contacto que corresponde a la Acción Católica con los problemas de orden temporal?

No se me oculta que el punto es delicado y que no es fácil dilucidarlo en pocos minutos. Pero peor sería el omitirlo.

Resumamos algunas ideas fundamentales:

Existen dos potestades: la eclesiástica y la civil; "una, destinada a las cosas divinas, la otra, a las cosas humanas" (*Inmortale Dei*). Hay que evitar toda confusión entre lo divino y lo temporal. La falta de distinción clara entre lo temporal y lo eterno, lo espiritual y lo material, lo natural y lo sobrenatural es causa de muchas de las desorientaciones de nuestra época. La distinción entre ambos órdenes debe al mismo tiempo hacernos afirmar *la necesaria relación* que entre uno y otro existe, tal como la del alma y la del cuerpo.

Corresponde a la Iglesia y en consecuencia a la Acción Católica que es participación al apostolado jerárquico, el animar de espíritu cristiano todo el orden temporal.

No se trata de substituir el orden temporal por el divino, lo que constituiría una teocracia, sino de infundir el espíritu de Cristo en lo temporal. De donde aplicando este concepto a la Acción Católica podemos decir que la Acción Católica es el apostolado organizado animando un ambiente social. De aquí se siguen tres consecuencias:

1) El católico no puede prescindir de trabajar por la reorganización de lo temporal.

No se puede establecer un orden social cristiano en una sociedad desorganizada.

La indiferencia de los católicos hacia lo temporal constituye en el fondo una traición a lo espiritual.

El sentido de las Encíclicas sociales es éste: humanizar el ambiente del trabajo para hacer posible en él, el desarrollo del espíritu cristiano.

Pretender desarrollar una acción religiosa cuando el ambiente material, económico y social, es contrario a una vida humana y, por ende, cristiana, es olvidar que Cristo vino a salvar al hombre —alma y cuerpo— y que como Santo Tomás enseña: "un mínimo de bienestar temporal es indispensable a la práctica de las virtudes cristianas".

De donde una Acción Católica que no se proyecte en lo social, no logrará realizar jamás lo que es esencial a ella misma: la cristianización del ambiente.

2) La Acción Católica no puede apartar al católico de la acción temporal. Cuanto más sobrenatural deba ser el espíritu que anime a la Acción Católica, tanto mayor debe ser la adaptación a lo temporal.

La Acción Católica es un órgano apostólico del Cuerpo Místico de Cristo y como tal ha de vivir intensamente el misterio de la Redención.

S. E. Mons. Montini nos dice que

“más que nunca corresponde a los seglares de Acción Católica el tomar sus responsabilidades en la ciudad cristiana que hay que edificar y mezclarse siempre más resueltamente en el camino que les trazaba ayer con providencial oportunidad el Papa Pío XI. Su Santidad ha indicado a todos, ese camino”.

Puede la Acción Católica caer, en lo que acertadamente llama Maritain, “el pecado de angelismo”, o sea, el concretarse exclusivamente a lo espiritual, olvidando que su misión apostólica ha de desarrollarse en el ambiente y que éste se forma con todas las circunstancias concretas que rodean la vida humana.

La Acción Católica tiene por misión santificar lo temporal, de modo que el apartar a sus miembros de los problemas humanos sería conducirlos a un sobrenaturalismo vacío de realidad que se pierde en discusiones sutiles y en distinciones inútiles. Podría aplicársele la genial frase de Peguy: “tiene las manos puras, pero no tiene manos”.

3) Los católicos al mezclarse en lo temporal no deben mezclar a la Acción Católica.

Podría aparecer contradicción entre este punto y el precedente, pero en realidad no la hay, antes al contrario, lo complementa y actúa.

A la Acción Católica no le corresponde organizar lo temporal, pero sí sobrenaturalizarlo, darle su sentido divino.

Ella debe permanecer siempre como el órgano apostólico del Cuerpo Místico de Cristo en medio del laicado.

No será, pues, la Acción Católica la que ordinariamente promueva asociaciones deportivas, teatrales, sindicatos o partidos políticos, pero sí la que forme en tal manera sus miembros para que en todas las instituciones y ambientes en que actúen sepan darles sentido cristiano.

Este pensamiento está claramente expresado en la declaración de los Cardenales y Arzobispos de Francia, de marzo de 1945:

“La Acción Católica, dicen, no tiene por fin organizar lo temporal, ella debe respetar la autonomía de las instituciones temporales, pero ella debe formar sus miembros a vivir un cristianismo encarnado, real, concreto y por su organización debe cristianizar las instituciones y la vida social haciendo pesar en ella el espíritu cristiano”.

Pensamiento que se complementa con otra declaración de la misma Jerarquía francesa de 28 de febrero del mismo año:

“Pedimos, dicen, que en un terreno distinto del campo apostólico de la Acción Católica, numerosos seglares católicos, obrando como ciudadanos, tomen atrevidamente sus responsabilidades personales en la acción temporal, que estén presentes en el mundo moderno y que busquen lealmente el bien propio de la ciudad temporal” (DC. 18 - III - 945).

Señalada, aunque superficialmente, la posición de la Acción Católica ante lo temporal conviene añadir otro principio y es el saber enfrentarnos al realismo del ambiente para infundir en él, el espíritu cristiano.

a) *Realismo*

Realidad del ambiente he dicho. O sea, conocer sus características, sus tendencias, la raíz de sus males, sus posibilidades de bien.

E infundir en él el espíritu cristiano, he añadido, o sea, sin variar en nada los principios inmutables de nuestra fe, ver en qué forma hemos de comunicarla a ese ambiente que tratamos de transformar.

Dice el IV Libro de los Reyes que el Profeta Eliseo para dar vida al cadáver de un niño "se echó sobre él y puso su boca sobre su boca, sus ojos sobre sus ojos, sus manos sobre sus manos" y el niño volvió a la vida. La cristianización de los ambientes por la Acción Católica significa el plegarse y acomodarse a todas las sinuosidades y repliegues para infundirles el calor de la vida.

Las directivas que damos, el apostolado que pretendemos realizar ¿tienen ese conocimiento de los ambientes donde van a recibirse y, en consecuencia, son adaptables a ellos? Si no ¿de qué sirven?

Ya en el primer siglo de nuestra Era quien conoció como nadie los secretos del apostolado hasta merecer ser llamado por antonomasia el Apóstol, pudo escribir a los de Corinto:

"¿En qué está, pues, mi mérito?... En que siendo del todo libre me hago siervo de todos para ganarlos a todos, y me hago judío para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la ley, me hago como si estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que está bajo ella. Con los que están fuera de la ley, me hago como si estuviera fuera de la ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la Ley de Dios, sino bajo la Ley de Cristo. Me hago con los débiles, débil para ganar a los débiles; me hago todo para todos, para salvarlos a todos".

Pero, señores, la respuesta a este punto que tratamos: posición cristiana ante el ambiente, aún no la hemos abordado plenamente. Hemos señalado las premisas, mostrando los principios. Pero nos falta descender hasta las conclusiones. Yo las resumiría en las siguientes:

i) El militante de Acción Católica es un mediador activo ante su ambiente. Debe penetrarse de la idea que entre Dios y su ambiente está él para llevar a Dios hacia ese ambiente.

Como Cristo, el gran mediador entre el mundo y Su Padre, como el sacerdote, el mediador oficial entre Cristo y las almas, el apóstol de Acción Católica representa su ambiente ante Dios y trae a Dios hasta su ambiente.

Como verdadero mediador el da gracias a nombre de los que representa. Siente que él es la voz que en nombre de los que callan continúa el himno de gratitud que debe subir hasta el Padre.

En nombre de su ambiente, repara. Carga sobre sus hombros los pecados de su ambiente. De ahí nace su ascetismo, sus vencimientos, su espíritu de mortificación.

El militante pide; su oración no es la egoísta e individual. Tiene el sentido de su clase, de su ambiente y por y para él ora y suplica.

Y finalmente adora. Y esa adoración forma en él su espíritu de religión. Participa en ese espíritu al Sacerdocio de Cristo y lo vive. Y porque lo

vive colabora al apostolado jerárquico y lleva hasta su ambiente el mensaje cristiano.

ii) El socio de Acción Católica se adapta a su ambiente, se encarna en él, pero guarda ante él su libertad.

Esa libertad ante el ambiente significa estar presente en lo temporal, sin ligarse a él. "La figura de este mundo pasa" y la Iglesia a la cual servimos es eterna. Ella tiene por misión el santificar un mundo que pasa. Ella sabe mantener intacto lo que es de su esencia y despojarse como de un vestido usado de lo que es sólo accidental. Guardémonos del peligro de querer identificar cualquier régimen económico, social o político con la Iglesia, de caer en el sofisma, más de una vez repetido de confundir lo lícito con lo necesario, de afirmar que porque un régimen no es contrario en sí al derecho natural, es exigido por el mismo derecho a impuesto por él.

Viviendo en el ambiente y actuando en él, cuidemos de no identificarnos, pues de otro modo seríamos la levadura que ha perdido su fuerza y es incapaz de hacer fermentar la masa.

Esto exige el mantener frente a los ambientes aquel inconformismo cristiano a que nos exhorta el Apóstol diciéndonos:

"No os conforméis con el presente siglo sino transformaos por la renovación de vuestro sentido, a fin que discernáis cuál es la voluntad de Dios, lo que es bueno, agradable y perfecto" (12).

Esa libertad ante el ambiente significa que el militante de Acción Católica debe en cuanto tal mantener su independencia sobre todas las combinaciones humanas que de un lado u otro dividen a la humanidad. Vivir en el mundo sin ser del mundo, como pidió Nuestro Señor por sus discípulos.

Así se evitará la confusión del cristianismo con un determinado régimen económico y así igualmente se evitará el creer que sólo por algunas aspiraciones humanitarias ya se es cristiano. "No basta ser anticomunista para ser cristiano", escribe el P. Ducatillon, ni basta criticar el régimen presente para decirse discípulo de Cristo. Sólo buscando ante todo el reino de Dios y su Justicia es como seremos fieles a nuestra misión de santificar el ambiente.

Esa misma libertad hará que el cristiano en su ambiente colabore a todo aquello que sea justo y verdadero.

Ningún problema humano debe de serle extraño, porque nadie como Cristo ha penetrado tan hondo en las raíces de la humanidad. No podría actuar eficazmente sobre su ambiente quien no tomara sobre sí las angustias, inquietudes y problemas que lo rodean. De Nuestro Señor se dijo que "quiso en todo asemejarse a sus hermanos". El apologista de la antigüedad cristiana, Terencio, exclamaba: "Nada de lo que es humano reputo extraño a mí".

iii) La posición cristiana ante el ambiente debe estar llena de un sentido de optimismo cristiano. Ese optimismo nos hará sentir en forma clara nuestra responsabilidad en medio del mundo en que nos toca vivir.

(12) *Rm.* 12, 2.

Nada mejor puede encontrarse para expresar este sentimiento que las palabras de Su Santidad Pío XI al Cardenal Verdier pocos meses antes de su muerte:

“Hijo mío, la crisis que vivimos es única en la historia”.

Un mundo debe brotar de la caldera en que hierven en la hora actual tantas energías contrarias. En cuanto a nosotros, agradezcamos a Dios todos los días el hacernos vivir en las circunstancias actuales.

Ante todo, hay que agradecer el ser los testigos, más aún, los actores de esta tragedia que va a trastornar el mundo.

Todos los hombres de buena voluntad tienen el imperioso deber de pensar que tienen una misión que llenar; la de ser mejores los unos para los otros y de hacer lo imposible cada uno en los límites de su actividad, para mejorar la suerte de la humanidad.

Será el honor de esta generación si comprende su misión, el haber ayudado piadosamente al mundo a mejorar su suerte.

Estoy cierto que después de las peripecias que yo no puedo, por desgracia prever, ella saldrá más bella y mejor adaptada a las necesidades de los tiempos presentes.

A nadie, quienquiera que sea, le es permitido el ser mediocre”.

Vivir quejándose de los tiempos presentes es hacerse ineficaz para actuar sobre ellos.

iiii) Hay que amar su tiempo, pero hay que mirar al porvenir.

Paul Hibout, de la JOC decía un día a Mons. Richaud, entonces Obispo de Versailles:

“Nosotros estamos listos para el mañana. ¿Estáis vosotros listos para pasado mañana?”.

Hay que trabajar en el ambiente con sentido de presente, pero sobre todo con visión de porvenir.

Hay que saber animar cada una de nuestras tareas oscuras, inmoladas, ingratas, de un sentido constructivo de futuro. Levantamos los muros de la nueva ciudad. Construimos la Catedral del futuro.

Trabajar sin horizontes es carecer del sentido del apostolado.

Llevar la Acción Católica a un apostolado negativo, es matarla.

Hacer consistir nuestra actividad en una serie de “antis”, en ligas de defensa, es quitar a nuestra Acción toda perspectiva de conquista.

Si no tenemos ante el ambiente una posición firme y optimista, llena de visión y de sentido sobrenatural, hacemos una Acción Católica pequeña, ahogada en fórmulas rutinarias o en meros procedimientos burocráticos. No nos indignemos entonces que muchos católicos no entren a las filas de tal Acción Católica. Tratemos que la Acción Católica aparezca a todos apta para responder al anhelo cada vez más sentido de desarrollar en ellos y alrededor de ellos el reino de Cristo.

IV. *¿Cómo actuar en los ambientes?*

Yo resumiría esta pregunta en dos palabras; con el testimonio y la misión.

Permitidme que me detenga unos momentos en ambos conceptos.

1) *El testimonio*

Hablemos en primer lugar del valor del testimonio.

El mundo se encuentra en lucha a muerte entre dos concepciones de la vida en que se juega lo más sagrado del hombre; su dignidad, su libertad, sus derechos primordiales.

Hoy nos encontramos abocados con urgencia terrible ante el dilema: o cristianismo o materialismo; o vida cristiana vivida en plenitud o vida pagana con todas sus consecuencias; o someterse a Dios o perecer.

Estamos asistiendo a las últimas conclusiones del materialismo, hecho sistema filosófico, concepción de la vida, organización política y hasta podríamos decir en cierto sentido, hecho religión.

¿Qué otra cosa son el existencialismo de Sartre que lleva el horror hacia la vida; el comunismo marxista que esclaviza al hombre ante el estado proletario, el nazismo que tortura en nombre de la sangre, y el capitalismo que asfixia en nombre de la preeminencia del dinero sobre el esfuerzo humano?

¿No vemos que todos estos elementos que hoy se juntan en el mundo moderno, en lo que podríamos llamar "Synagoga Satanae" constituyen la ciudad del mal, que por todas maneras tiende a derrocar la ciudad de Dios?

¿Cómo libraremos esta batalla?

Tenemos, se nos dice, la prensa, la radio, etc. No pretendo quitar la importancia a estos medios instrumentales, que para la propaganda son de una extraordinaria eficacia y que los últimos Pontífices nos han vivamente animado a emplear.

Pero, ¿qué valor pueden tener las palabras si no van acompañadas de las obras? ¿Qué eficacia las declaraciones, si el testimonio de la vida no las refrenda y sella? "Verba movent exempla trahunt" (13) nos enseña el antiguo proverbio ¿De qué sirve hacer el elogio de la pobreza, si no se la vive o se la desprecia o huye? ¿De qué, el de la oración, si no sabemos recogerlos en ella?

La gran dificultad está en vivir, sacrificarse, entregarse sin reservas por una idea. Cuando una verdad es amada hasta dejarlo todo por ella, esa verdad será fácilmente creída. "Creo a los testigos que son capaces de dejarse matar", escribía Pascal. Y aquí viene, entonces, señoras, el valor del testimonio.

Cristo nos pide ante todo el ser sus testigos.

El cristiano en el Sermón de la Montaña, que al decir de Bossuet es el compendio de todo el Evangelio, es comparado a la sal y a la luz.

"La vida es poder de expansión, dice el P. Varillon. Desde las profundidades de la Fuente escondida (el Padre es Misterio y nadie lo ha visto jamás) ella se derama en plenitud en el Verbo; por la Encarnación del Verbo ella eleva en plenitud al hombre que se llama Jesús, de Jesús in-

(13) Tr.: "las palabras mueven, los ejemplos arrastran".

jertado en la pasta humana, ella corre en ondas hacia los que están directamente unidos a El. Que éstos a su vez la irradien, la difundan y la comuniquen por el contacto”.

Es el testimonio.

“Luzca vuestra luz ante los hombres para que vean vuestras buenas obras (el testimonio) (y así) glorifiquen al Padre de los cielos”.

No tengo aquí el tiempo suficiente para hacer lo que llamaría la historia del testimonio. Mi tesis, es, sin embargo, ésta: la evangelización del mundo es la historia del testimonio cristiano. Su Santidad Pío XI nos ha dicho que el fin de la Acción Católica es una reevangelización. Luego es en ese testimonio donde hemos de buscar el secreto de cristianizar los ambientes.

Nos lo dice en primer lugar Cristo Nuestro Señor.

A los fariseos que lo increpan: “si no creéis en mis palabras creed a mis obras. Ellas dan de mí testimonio”.

A los discípulos del Bautista que preguntan si es el Mesías o han de esperar a otro; la respuesta es precisa: “Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído; los ciegos ven, los cojos andan, los muertos resucitan y a los pobres se les da la buena nueva”.

Para elegir al Apóstol que ha de reemplazar a Judas. Pedro, dice a los Once reunidos que, entre los que están congregados elijan a uno y la sola condición que pone es que sea testigo (v. 22).

Los apóstoles no tienen otra predicación al decir de S. Juan que el anunciar; “lo que vieron, lo que escucharon, lo que sus manos palparon del Verbo de vida”. Y por esto su apostolado no puede ser otro que el de un testimonio continuo de bondad y de caridad que lleva a los cristianos a la comunidad de amor.

El grito del paganismo no es para admirar la elocuencia o la ciencia, sino para admirar el amor, testimonio de una Caridad y de una Vida; “mirad como se aman”. Y ese testimonio llega a su expresión más alta; el martirio, palabra griega que significa precisamente “testimonio”, pues nadie tiene mayor amor que el que da su vida”.

Inés, Lucía, Perpetua, Felicidad, para citar sólo testimonios femeninos ¿qué hacen en la cárcel, en el circo, en el tormento o en la muerte?

Dar el testimonio del amor, que es el de la Cruz.

Y así podrá S. Agustín siglos más tarde decir que al paganismo del Imperio Romano, no lo domó el hierro, sino el leño; no la fuerza del poder humano, sino el avasallador impulso del testimonio cristiano.

• Tertuliano y Lactancio, apologistas, resumirán esta actitud en la frase magnífica, que yo llamo la fórmula del testimonio: “Non multa loquimur, sed vivimus” (14).

Yo es invitaría a leer las páginas de Montalembert en los Monjes de Occidente en que nos narra la conversión del mundo bárbaro por el testimonio de los cristianos. No olvidéis, que es el testimonio de una mujer, Clotilde, ante su esposo, que hace que Clodoveo, en momento de suprema angustia, en Tolbiac vuelva los ojos hacia el Dios verdadero y lo invoque, sin saber

(14) Tr.: “no hablamos mucho, pero vivimos”.

quizás su nombre, porque ha visto el testimonio que de El da su seguidora. Y no olvidéis, tampoco, que cuando pocos meses más tarde el fiero sicambro inclinaba la cabeza para adorar lo que había quemado y quemar lo que había adorado, y con él “nacía la hija primogénita de la Iglesia”, todo esto se hacía por el testimonio dado en el ambiente por una mujer.

Cuando S. Anscario quiere convertir a los daneses, sólo encuentra un medio: el testimonio y se hace tomar esclavo y permanece en esclavitud por 10 años. Después será el primer Obispo de Upsala.

Yo no puedo continuar en esta historia que me haría interminable. Sólo quisiera en la edad actual daros dos ejemplos. Charles de Foucauld y Teresita de Jesús. El uno en su ermita del desierto africano, la otra en su claustro de Lisieux. ¿Quién puede negar su tremenda influencia?

Pero, señoras, al lado de la historia del testimonio que nos habla de su fuerza, hay que colocar, así como la sombra para que resalte la luz, la fuerza, también, por desgracia de los antitestimonios, o como Mons. Franceschi llama en magnífico artículo de julio pasado “los testimonios invertidos”.

El mundo se paganiza, decimos, pero ¿es quizás por falta de documentos?

Quizás nunca ha habido en otra época de la Iglesia tantas y tan luminosas Encíclicas como en nuestro tiempo. No es que no interesen. Hasta se discute para tratar de probar quien las ama más.

No es por falta de documentos que el mundo se paganiza, es por falta de testimonio, o por estos testimonios invertidos. Cito de Mons. Franceschi:

“No lo otorgan por de pronto los cristianos superficiales, mezquinos, ni los que dan muestras de estar dominados por intereses particulares. ¿Cómo puede pretenderse que conciban lo que es verdaderamente la fe aquellos obreros que son explotados por patronos que se dicen creyentes? ¿Cómo clientes que se sienten esquilados por comerciantes que ponen a sus negros nombres de santos? ¿Cómo personal doméstico que observa en sus amos una mundanidad desaforada? ¿Cómo alumnos que notan en sus maestros, quizás de religión, la búsqueda de puestos lucrativos obtenidos a cualquier precio? Todos estos casos, y otros infinitos que sería fácil mencionar, pueden ser calificados de testimonios invertidos, en cuanto lanzan la deshonra sobre el catolicismo y apartan de él a las almas. La pluma se siente llevada a trazar burlones croquis de esas personas que tras suspirar en la Iglesia hacen pedazos la fama ajena fuera de ella, de esas otras que ponen los ojos en blanco ante las imágenes de los santos, pero dejan entrever su egoísmo sutil e incontrolado en el trato con sus semejantes, de aquellos que reducen la vida religiosa a un ritualismo despojado de todo contenido doctrinario, de tantos en fin, que buscan una posición dentro de la cual por una parte aseguran —así lo creen—, la salvación de sus almas, y por otra vivan con el mínimo posible de molestias. Todos estos creen que la portación de la Cruz exigida por Cristo a sus discípulos se reduce a escoger una labrada en oro por un joyero, y colgarla del cuello a modo de adorno, cuando no de amuleto” (15).

(15) Franceschi. Mons. *Criterio*, Julio 1948.

Dejo de lado este aspecto por decirlo así negativo de la cuestión, y encaro el positivo.

Tenemos, que dar nuestro testimonio ante el ambiente. Es nuestra gran arma de conquista. No basta decir, creo en Cristo. Hay que decir, soy lo que El es. No basta afirmar; la doctrina de la Iglesia dice esto o aquello. *Hay que encarnar una concepción evangélica de la vida.*

Sólo actuaremos sobre los ambientes cuando llevemos a ellos un ideal vivido de Evangelio.

No son discursos, ni directivas las que faltan para santificar los ambientes, es el testimonio de nuestra vida.

Nada más elocuente podemos escuchar sobre esto que las palabras de S. S. Pío XII al Congreso Eucarístico Nacional de Francia en el año pasado:

"Hoy más que nunca, lo mismo que en los primeros tiempos de su existencia, la Iglesia tiene necesidad sobre todo de testigos; más aún que de apologistas, de testigos que con su vida, hagan resplandecer el verdadero rostro de Jesucristo y de la Iglesia ante los ojos del mundo paganzado que los rodea. A estos hombres innumerables, en el corazón de los cuales se busca, aunque en vano gracia a Dios, ahogar toda aspiración religiosa, vosotros les habéis de revelar el divino atractivo de la dulzura y de la caridad del Salvador".

2) Junto al testimonio, la misión

¿Qué es una misión?

Una misión, dice el abbé Godin, es la renovación del gesto de Cristo que se encarna y que viene a la tierra para salvarnos; una misión es el anuncio de la Buena Nueva a los hombres que la ignoran.

Hemos dicho que nuestros ambientes actuales, muchos son indiferentes y no pocos contrarios a la idea cristiana.

¿Qué actitud cabe ante esos ambientes?

Hay dos actitudes de la Acción Católica que entre ambas se complementan; una de formación apostólica en el ambiente parroquial, la otra de misión en el ambiente indiferente o pagano.

El primer movimiento tiende a dar ese vigor de vida cristiana en el campo católico que los hará santificar su vida propia, el segundo formará equipos, que hará entrar de nuevo a Cristo en los ambientes.

Por acción misionera en el ambiente quiero indicar una posición que se dirige, no tanto a conservar tímidamente a los que no han errado, cuanto a volver a ganar a las ovejas perdidas.

Porque, sin duda, existe para la Acción Católica un gran peligro; el de enquistarse, encerrándose en marcos rígidos, constituyendo grupos aislados que al perder su fuerza de expansión se dedican a "convertir a los creyentes" y olvidando que lo que a la Acción Católica se le pide, es el ganar, conquistar, el mundo a Cristo.

Por Acción misionera en el ambiente quiero decir, un apostolado que tiende siempre a penetrar, que siente la sed de las almas, atormentado e inquieto, con el lema de Pablo que le dice: "la Caridad de Cristo nos apremia". Y esta posición misionera defiende a la Acción Católica del peligro que ame-

naza a toda organización; la de fijar inmutablemente sus formas, de endurecer sus métodos, de quedarse al margen de la vida y por tanto de perder su eficacia.

Acción misionera que está siempre atenta a descubrir los nuevos campos de apostolado que se ofrecen.

Francisco Javier, murió soñando en la tierra de China cuyas costas sólo alcanzaba a divisar desde el islote de Saigón.

El apóstol de Acción Católica debe estar siempre con la mirada abierta a los nuevos campos de conquista que día a día se ofrecen.

El debe realizar en sentido apostólico lo que el poeta mejicano cantó para el romero:

Sólo tres cosas tenía
Para su viaje el romero
Los ojos abiertos a la lejanía
Atento el oído
y el paso ligero.

V. Elementos de nuestra actuación

Falta un último punto que me parece es de importancia para concretar los anteriores ¿cuáles serán los elementos con los cuales la Acción Católica actuará en los ambientes? O en otras palabras ¿cuáles serán las armas apostólicas de la Acción Católica?

Enviados por la Iglesia para participar a su apostolado jerárquico y continuar su obra; los elementos de actuación en el ambiente, deben ser evidentemente *los mismos* que la Iglesia emplea en su apostolado.

Ahora bien, existen en el apostolado de la Iglesia dos clases de elementos; los que son propios de Ella, elementos indispensables y que deben tener lugar primordial, y los que la Iglesia toma del mundo, o sea, los técnicos. Ambos deben emplearse, pero ¿en qué proporción?

Creo necesario esclarecer este punto, porque, no sin temor, veo diseñarse en el ambiente del apostolado; una cierta hipertrofia de la técnica, un naturalismo latente que tiende a exaltar en demasía los medios que podríamos llamar humanos y a desdeñar los tradicionales y divinos. Yo designaría esta tendencia, como la de la letra sobre el espíritu, de la técnica material sobre el método divino, de la agitación humana sobre la Gracia de Cristo.

Para afirmar esto recordemos algunos principios fundamentales. Según Santo Tomás, "el Obispo se encuentra establecido en un estado de perfección".

La perfección del estado episcopal, según el mismo Santo Doctor, "consiste en que un hombre se obliga por amor a Dios a consagrarse al amor del prójimo" (16).

La perfección episcopal es la caridad obligada a ser estado de vida.

(16) Sto. Tomás, II - II, q. 185, art. 4.

“La Acción Católica coloca al laicado que forma parte de él en un rango superior al mediano, en un estado de perfección que es una participación a la perfección episcopal” (17).

De aquí se sigue que las armas fundamentales del apostolado de la Acción Católica, cuya característica es el profundizar el espíritu cristiano, han de ser el empleo predominante de los elementos que son propios y específicos de la Iglesia y sin los cuales ninguna obra de cristianización sería podrá emprenderse.

La conquista de los ambientes no va a hacerse tanto por el empleo de técnicas humanas, que no son de despreciar, cuanto por el de los medios auténticos de la Iglesia.

Yo los reduzco a tres: *Contemplación, Biblia y Liturgia*. Diré breves palabras sobre cada uno de ellos.

1) *Contemplación*

La Iglesia tiene por misión continuar en la tierra el misterio de Dios.

“Muchas veces y de muchos modos, Dios nos ha hablado, dice San Pablo, en los antiguos tiempos a nuestros padres en los Profetas, y en los últimos nos ha hablado en su Hijo”.

Y esa manifestación de Dios en Cristo se prolonga y perpetúa en la Iglesia.

El hombre tiene necesidad de Dios. No de un dios cualquiera, como el deísmo ha fabricado, no de los falsos dioses modernos; la sangre, la raza, la Clase, el Estado, sino del Dios de los cristianos. El que la Revelación nos descubre, el que la fe nos revela.

Y a ese Dios se llega, en alas de la fe, por la contemplación.

Yo quisiera insistir en este primado de la contemplación para santificar el ambiente, que de olvidarlo, desvirtuaría a breve plazo nuestra Acción Católica.

San Agustín nos recuerda que Cristo, médico celestial, opuso algo contrario a los males de la humanidad: a la concupiscencia, mortificación; a la codicia, generosidad; a la soberbia, humildad, etc.

A la agitación que devora nuestro siglo, no vamos a sanarle con más agitación, y al exceso de palabras, con más palabras, sino a la agitación inmoderada con la contemplación, el exceso de palabras, con los silencios de la oración.

Así obraron los Apóstoles.

“Nos autem orationi et ministerio verbi instantes erimus” (18).

La Imagen más antigua que el arte cristiano nos ha legado para simbolizar la Iglesia, es la orante, la mujer de los brazos en alto que levanta al mundo en su plegaria.

La conversión de la Europa es obra de los misioneros. Pero no olvidemos que eran monjes, que si tronchaban las selvas, levantaban ciudades, y salvaban la cultura antigua, antes que nada eran hombres de oración.

(17) P. Pollet.

(18) tr.: “nosotros nos dedicaremos más a la oración y al ministerio de la palabra”.
Hch. 6, 4.

El 18 de septiembre de 1947, fue para mí un día de recuerdo indeleble. Era la primera vez que veía y oía al actual Pontífice, como Papa.

Predicaba en la Basílica de San Pablo en el XVI centenario de la muerte de San Benito y al hablar de él le dio este título: "Pater Europae".

La Europa cristiana fue levantada, es hija, de un contemplativo.

La Edad Media concretó su espíritu en la Catedral. De la Catedral brotó el arte, la cultura y hasta el teatro cristiano.

La gran quiebra de la unidad interior cristiana está en el Renacimiento que invierte la fórmula cristiana del primado de la contemplación sobre la acción.

"En el principio es el Verbo", dice San Juan. "En el principio es la acción", dice Goethe en su Fausto. Y la dialéctica marxista y el existencialismo de Sartre ¿qué es sino el olvido de la contemplación?

Cuidado, en exagerar la técnica y la organización, que en su justa medida es conveniente y necesaria, pero que en exceso mata y asfixia.

Termino este punto con las bellas palabras del Cardenal Suhard en su maravillosa Pastoral "El sentido de Dios", dice así:

"Lo que en realidad se opone a la contemplación, es el "activismo", o sea, los procedimientos y los medios aplicados desde el exterior y, por ser artificiales, destinados al fracaso. En cambio no hay por qué concebir como opuesta, de suyo, a la contemplación, la acción. Pues, cuando ésta es legítima, no es sino la manifestación del desborde hacia fuera de una sobreabundante vida de fe y de amor, y es una transparencia atravesada por la luz de Dios, ya que

"resplandeciendo el Espíritu Santo en los que están purificados de toda mancha, los hace espirituales por su contacto con El mismo. Y así como los cuerpos diáfanos, cuando llega hasta ellos un rayo de luz, se tornan ellos mismos resplandecientes y proyectan la luz, así las almas iluminadas por el Espíritu Santo envían la luz a otros y se tornan ellas mismas espirituales" (19).

2) Biblia

Junto a la contemplación: la Biblia.

En la santificación de los ambientes juega papel importantísimo, la Biblia.

Oigamos lo que al respecto nos dice el mismo Cardenal de París:

"Prácticamente el esfuerzo de contemplación que pedimos a nuestros cristianos, es antes que nada una *vuelta a las fuentes*. En lugar de detenerse en tantas obras secundarias, en tantos comentarios sin vigor, cuya multiplicación obstaculiza las lecturas de fondo, que nuestros militantes vayan a los textos, que se acerquen a la Biblia; por reacción contra la tesis protestante que fundaba sobre ella el libre examen, los católicos se han apartado largo tiempo de la riqueza infinita de la palabra de Dios. Hoy, este peligro se ha conjurado y con alegría vemos manifestarse una co-

(19) Suhard Card. *Le Sens de Dieu*.

rriente, siempre más fuerte, en favor de los libros inspirados. Formados en un mundo científico, técnico y materialista, los intelectuales de hoy ya no encuentran a Dios en los antiguos cuadros. Es la vuelta a la economía bíblica la que los acercará a este Dios que obra en la historia. Nos alentamos esta renovación, con las precauciones que se imponen para quedar en la verdad de la fe cuya depositaria es la Santa Iglesia. Pues este movimiento espontáneo nos parece providencial, ya que en ninguna parte tanto como en los Profetas, en el Evangelio, en San Pablo y en el Apocalipsis hallamos un mejor testimonio de la grandeza y de la Santidad de Dios (20).

Palabras que no son sino eco de las del Pontífice actual en su Encíclica "Divino Afflante". Y a este Cristo, autor de la salud, tanto más plenamente le conocerán los hombres, tanto más intensamente le amarán, tanto más fielmente le imitarán, cuando con más afición se sientan movidos al conocimiento y meditación de las Sagradas Letras, especialmente del Nuevo Testamento. Porque como dijo el Estridonés "el ignorar las Escrituras es: ignorar a Cristo".

"si algo hay que en esta vida interese al hombre sabio, y le persuada a permanecer con igualdad de ánimo entre los aprietos y torbellinos del mundo, creo que más que nada es la meditación y ciencia de las Escrituras".

Porque de aquí sacarán los que se ven fatigados y oprimidos con adversidades verdadero consuelo y divina virtud para padecer, para aguantar; aquí en los Santos Evangelios, se presenta a Cristo todo, sumo y perfecto ejemplar de Justicia, Caridad y Misericordia; y al género humano desgarrado y trepidante le están abiertas las fuentes de aquella divina gracia, postergada la cual y dejada a un lado, no podrán los pueblos ni los directores de los pueblos iniciar ni establecer ninguna tranquilidad de situación ni concordia de los ánimos; allí finalmente aprenderán todos a Cristo, "que es cabeza de todo principado y potestad" y "que fue hecho para nosotros, por Dios, Sabiduría y Justicia y Santificación y Redención" (21).

3) Liturgia

S. S. Pío X, la llama: "La fuente primera e indispensable del verdadero espíritu cristiano". Por ella no sólo tributamos a Dios nuestra adoración sino damos a la Creación su sabor divino.

La vida litúrgica es la pulsación del alma de la Iglesia. Ella hace que bajo signos visibles aparezca ante el alma lo invisible, que los símbolos cargados de señales nos expresen la acción oculta de la gracia, que lo divino llegue hasta nosotros por medio de lo humano y así a través de sus oraciones y ritos se despliegue ante nosotros el plan sublime de la Redención.

En el movimiento litúrgico bien comprendido, escribí hace 16 años, debemos ver uno de los grandes remedios a los males de nuestra época.

(20) Suhard Card. *Le Sens de Dieu*.

(21) S. S. Pío XII, *Divino Afflante*.

La Encíclica "Mediator Dei" que consagra ese movimiento litúrgico purificándolo de las desviaciones o exageraciones en que hubiere podido caer, confirma mis modestas palabras.

Y en aquella ocasión yo añadía: "En el movimiento litúrgico, bien comprendido, debemos ver uno de los grandes remedios a los males de nuestra época. Con razón pudo escribir Godofredo Kurth que "hacer comprender la íntima correspondencia que existe entre la vida espiritual y la liturgia es cumplir una de las más grandes obras de este siglo". En efecto: ello combate al laicismo, gran mal de nuestros días, por la afirmación práctica de los derechos de Dios y de los deberes de la humanidad de rendirle un culto digno de El. Es, en seguida, un eficaz remedio contra el individualismo, como antes lo indicábamos, pues introduce al hombre en un culto social arrancándolo de sus propios intereses. Corrige el formalismo en la piedad, o sea, la atención preferente a la parte externa con descuido de la interna; la liturgia nos enseña que el rito es un símbolo que expresa algo que se halla en el interior de nuestra alma, y así detrás de cada palabra o gesto, debemos buscar la idea espiritual que en él se encierra. La liturgia es de modo especial un correctivo poderoso contra el espíritu mundano en el culto, contra ese deseo de ofrecer al pueblo lo que le gusta encontrar en otra parte, de hacer que el templo sea lo menos posible templo cristiano, para lo cual se prodiga en el altar un lujo excesivo y de mal gusto, haciendo que éste, más que el ara del sacrificio, pase a ser pedestal de un santo, dejando oír música profana con resabios de vals o de opereta, decorando el lugar santo con arreglos que más bien sientan en un escenario teatral, en una palabra, apartándose de esa sobria elegancia, de esa sencillez que no excluye la magnificencia, de esa realización plena de la definición de belleza dada por Agustín: "pulchritudo est splendor veritatis", la hermosura es el esplendor de la verdad.

Pero no tan sólo combate males; su obra es eminentemente positiva, formando el verdadero espíritu cristiano, llevando al conocimiento más a fondo de su fe, rodeando al alma de ese ambiente sobrenatural donde la vida de la gracia se desarrolla y crece. Así vemos que el alma que asiduamente vive de la liturgia, penetra insensiblemente en las profundidades del Dogma. La liturgia es una oración doctrinal. La oración de la Iglesia es una expresión de su Dogma.

"La oración de la Iglesia, escribe D. Beauvuin, es la religión hablada y vivida, es el dogma aplicado y expresado en una lengua cargada de energía sobrenatural y a la cual el apoyo de todas las artes da su máximum de penetración en las almas; es la vida de Cristo reproducida por el ciclo litúrgico, contada anualmente en los Evangelios, comentada en las Epístolas y homilias, vulgarizada en las vidas de los santos, hecha más eficaz por la participación activa de los fieles en los santos misterios; en resumen, en el cristianismo concretizado, condensado y como preparado para la alimentación de las almas" (22).

Junto a estos elementos divinos imprescindibles, los auténticamente eclesiales, pongamos también los humanos de una técnica conveniente-

(22) Larraín, Mons. *Piedad y Liturgia*, 1933.

mente aplicada y tendremos los medios con que nuestro ambiente será cristianizado.

No me detengo a tratar estos medios técnicos, cuya importancia, por ningún motivo quiero desconocer o amenguar, pues me haría excesivamente largo.

Deseo terminar con palabras llenas de optimismo. Las tomo de Su Eminencia el Cardenal Villeuneve:

“La Acción Católica es el principio de una reforma cuyos efectos se harán sentir después de siglos. Entramos en un gran período de la historia de la Iglesia”.

La termino como la comencé, con palabras de Evangelio.

Cristo os dice:

“No temáis pequeño rebaño, porque el Padre se ha complacido en daros a vosotros el reino”.

“En el mundo tendréis tribulaciones, pero tened confianza. Yo he vencido al mundo”.

“Duc in altum” (23).

Y una sola vez responderá: “En tu nombre, Señor, echaré la red”.

Y el Evangelio concluye: “Y habiéndolo hecho recogieron multitud copiosa de peces”.

(23) t.: “avanza mar adentro”. Lc. 5, 4.

—:::—

ESPIRITUALIDAD JUVENIL “HACIA EL MAÑANA” - PROLOGO (1) (9 - VIII - 1949)

Carísimo Padre Luis:

Ha querido el Señor dar a Chile las primicias de su apostolado sacerdotal. Y él —“de quien desciende todo don perfecto”— ha puesto en su espíritu el deseo de traducir la bella obra de Carretto.

Es un precioso don que usted hace a nuestra Juventud Católica y a toda nuestra juventud chilena.

(1) El Prólogo consiste en una carta dirigida al Padre Luis Parussini, Asesor Nacional de los Aspirantes de Acción Católica.

Páginas vibrantes donde palpita el corazón inflamado de su autor.
Conoció a Carretto hace dos años.

Fue en una luminosa mañana otoñal. El lugar no podía ser más evocador: la Vía Appia, las Catacumbas de San Calixto. El espíritu que animó a la Comunidad Cristiana primitiva vibraba en el grupo que se estrechaba alrededor de su jefe Carlos Carretto. Sentí la eterna primavera de la Iglesia. El espíritu apostólico del laicado primitivo revivió con nuevos bríos en el laicado del siglo veinte.

La obra que usted nos ofrece traducida al castellano producirá, a mi juicio, tres grandes bienes: hacer comprender a la juventud el espíritu que debe animar a la Acción Católica; darle fe en sus ideales y; orientarla valientemente "al encuentro del mañana".

Comprender el espíritu de la Acción Católica, que no es otro que una cristianización plena de la vida. Se trata de hacer que los ambientes sean cristianos. Que el laicado católico tome el lugar que Cristo le ha asignado en la Iglesia. Que la transformación del mundo exige un laicado lleno de vida interior, de celo apostólico, de sentido íntegro de su responsabilidad en el mundo nuevo que se hace.

Este libro dará a los militantes de la Acción Católica una fe firme en sus ideales. Ayudará a formar católicos que no transijan con el mundo, que no acepten "las verdades disminuidas", que no claudiquen en el empeño de dar a sus hermanos una visión cristiana del hombre y de la sociedad.

Pondrá el acento en la necesidad de una vida integral que se alimente de Eucaristía, de Evangelio, de amor a la Iglesia y su doctrina. Esta obra sobre todo prepara a nuestros jóvenes al encuentro con el mañana.

Les dará el sentido de su tiempo y de su misión.

Les hablará que no es sentándose a llorar sobre ruinas como se edifica la ciudad del futuro, sino laborando con fe y decisión "en la victoria que vence al mundo".

¡Qué bellas las palabras de Carretto: "*La hora de los cristianos llegará. Es fatal. Será en veinte, cincuenta, cien años, pero vendrá*".

Así se habla a la juventud.

No, para frenar sus impulsos, sino para señalarle las altas cimas que debe escalar.

No, para decirle que aguarde, que aún no es tiempo, sino como el autor añade: "*es nuestra tarea el preparar y acelerar esa llegada*".

El libro que usted nos entrega, querido Padre, hará un gran bien. El silencioso, pero fecundo de la semilla, que cayó en el surco de las almas, que el agua de la Gracia regó, que el sol de las bendiciones divinas fecundó y que en un mañana no lejano cuajará en la espiga, la que nos da la hostia y el pan.

Para el sembrador, que ha sido usted, no pido otro premio que la satisfacción de iniciar así su ministerio en un gesto plenamente apostólico, repitiéndole a Aquel por quien trabaja la palabra del "altísimo poeta": "Valgammi il lungo studio e il grande amore". (2).

Con mi felicitación más sincera, mi augurio más ferviente y mi bendición más plena, quedo como su afmo. amigo y servidor in Corde Jesu.

(2) tr.: "que me valga el largo estudio y el gran amor".

MENSAJE A LOS JOVENES
(VII - 1952)

Queridos jóvenes:

Mi palabra será breve.

Deseo que ella os traiga el aliento paternal de vuestro Asesor General
Y porque breve, quiero resumirla en una frase: Sed fuertes en Cristo
Fortaleza de vuestra fe para tener el sentido sobrenatural de la vida.

Fortaleza que se alcanza en la meditación honda del Evangelio y en
la búsqueda insaciable de la Verdad.

Sed fuertes en Cristo.

Fortaleza de vuestra voluntad para resistir el mal. La vida de gracia
robustecida por la Eucaristía os hará superar todo peligro.

Sed fuertes en Cristo.

Fortaleza de la Caridad en vuestro corazón. El egoísta es un débil.
El que odia es un débil. El violento es un débil. Sólo el amor puede dar la
fortaleza de la muerte.

Sed fuertes en Cristo.

Fortaleza de la justicia en vuestra conducta. La injusticia aceptada o
tolerada en nombre de un orden ficticio es cobardía. Sólo por los senderos
de la Justicia se asciende a los collados de la Paz.

Os he dicho, sed fuertes en Cristo. Entendedme bien. La fortaleza no
es violencia. Es posesión gozosa de la Verdad. Es verdad de lo que se cree.
Es irradiación bondadosa de lo que se ama.

La violencia es la reacción subconsciente de la debilidad. No confun-
dáis la fortaleza con la violencia. Entre ambas, lejos de haber semejanza,
existe oposición.

Vuestra fortaleza en la fe os hará comprender que el imperio de ella
en los hombres es fruto de la predicación de la Verdad con la palabra y con
la vida.

La Verdad cristiana no se impone; se prepone. Debéis ser los testimo-
nios vivientes de la Verdad.

El Cristianismo crece, no por los medios que los hombres escogen
para triunfar, sino por el testimonio elocuente de la Verdad que se vive y
que es capaz de llevar hasta la total inmolación.

"Non multa loquimur, sed vivimus". No hablamos muchas cosas, pe-
ro vivimos.

Tal fue el testimonio de la primera generación.

Tal debe ser también el vuestro.

Os saluda y bendice, vuestro Asesor General.



En los días del Concilio Vaticano II, en su residencia de Roma (casa de Sta. Marta), junto al Cardenal de Florencia y otros obispos italianos y chilenos.



Junto a Mons. Bascuñán (derecha), y el Secretario de la Conferencia Episcopal de EE. UU. en ese país.

LA ACCION CATOLICA CHILENA - SU ORGANIZACION
ACUERDOS DE LA COMISION EPISCOPAL PARA LA ACCION CATOLICA (1)
(25 - XI - 1952)

En la imposibilidad de asistir a la reunión del próximo jueves, por tener que atender numerosos y urgentes compromisos en la Diócesis, me permito dirigirle esta carta y por su intermedio a la Junta Nacional de la Acción Católica, a fin de darles a conocer en forma oficial algunas modificaciones introducidas en nuestra Acción Católica, que la Conferencia Episcopal, previo informe de la Comisión Episcopal Permanente, se sirvió aprobar en su última reunión de comienzos del presente mes.

Ante todo, quiero recalcar dos ideas que me parecen necesarias para evitar malos entendidos. La primera es que estas modificaciones no significan un cambio fundamental ni en las estructuras ni en la orientación de nuestra Acción Católica, sino el reajustar su funcionamiento al necesario desarrollo que ha tenido en estos años, como también el precisar más de sus orientaciones dentro del perfeccionamiento que el concepto, fines y métodos de la Acción Católica ha ido sufriendo en todo el mundo. Lo segundo, es insistir en que esta reestructuración persigue el hacer cada vez más eficiente los comandos de la Acción Católica y al mismo tiempo, simplificar y concentrar su funcionamiento.

Los acuerdos tomados por la Conferencia Episcopal en relación con la Acción Católica son los siguientes que a continuación copio:

“La Conferencia Episcopal de los Obispos de Chile, previo informe de la Comisión Episcopal Permanente para la A. C., vista la existencia, desde hace varios años de la A. C. Obrera y la creación para un futuro próximo de la A. C. Rural, cree necesario, para una mayor eficiencia y unidad de la A. C. de Chile, establecer lo siguiente:

I.- La A. C. de Chile manteniendo su firme unidad general en sus directivas supremas y orientaciones, se especifica en tres secciones diversas:

1) *A. C. General, A. C. Obrera y A. C. Rural*

La A. C. General abraza las actuales ramas y especializaciones de: hombres, profesionales, mujeres, movimiento familiar, jóvenes, aspirantes, JEC, AJCF, JECF, AUC, AUCF, Oficinistas de Chile.

2) Cada una de estas tres Acciones: General, Obrera y Rural, se organiza en Ramas, más o menos como actualmente se realiza, pudiendo estas Ramas, previo el debido consentimiento, introducir especializaciones.

(1) “*Ecclesia*”, Santiago de Chile (1953) N° 8, pág. 3-6. Si bien este documento aparece como acuerdo de la Comisión Episcopal, lo publicamos como escrito de Mons. Larraín, por ir firmado por él.

3) Cada una de estas tres secciones tiene su equipo de asesores totalmente consagrados a ella y cada equipo su jefe. El Excmo. señor Asesor General con los asesores jefes de equipo, establece el método fundamental de trabajo, a fin de que haya unidad de método y finalidades.

II.- Dentro de este plan que el desarrollo mismo de la A. C. ha hecho necesario, y con el fin de hacer más eficiente y pronta la actuación de los diversos organismos de la A. C., el funcionamiento de esos organismos quedará así establecido:

1) La Comisión Episcopal Permanente tendrá en el mes de diciembre de cada año la reunión destinada a fijar las orientaciones generales de la A. C. en el año próximo y a hacer los nombramientos nacionales que se precisan.

En dicha sesión los Excmos. Miembros de la Comisión Episcopal se reunirán previamente con los asesores y dirigentes nacionales a fin de informarse directamente de los problemas generales de la A. C.

2) Se faculta al Asesor General para hacer aquellos nombramientos nacionales que se presenten lejos de las sesiones de la Comisión Episcopal y que exigen ser provistos rápidamente. Igualmente, mientras que no se dicten los nuevos reglamentos de la A. C., acomodados a las modificaciones que en su desarrollo éste ha ido sufriendo, el Asesor General queda facultado por la Comisión Episcopal, en aquellos casos en que los reglamentos vigentes no concuerden con la situación presente, a **proceder fuera de los reglamentos.**

Dentro del plazo de dos años, a contar de esta fecha, el Asesor General deberá procurar porque sean presentados a la Comisión Episcopal Permanente, para su aprobación, los nuevos Estatutos y Reglamentos de la A. C.

3) La Junta Nacional deberá reflejar las modificaciones de estructura que se han introducido por el desarrollo mismo de la A. C. y al mismo tiempo tener la agilidad y eficiencia para ejercer la dirección plena de la A. C. chilena. Con este fin la Junta Nacional quedará formada por: un presidente, un vicepresidente nacional, un secretario de la Junta, un tesorero, un delegado representante de cada una de las tres secciones fundamentales de la A. C. Chilena: General, Obrera y Rural; un representante de cada una de las tres Provincias Eclesiásticas de la República, tratándose en lo posible que estos nombramientos recaigan en personas que por otros títulos pertenecen a la Junta, a fin de no aumentar excesivamente el número de ésta.

4) A fin de que tanto el delegado como el asesor de cada una de estas tres secciones represente efectivamente el pensamiento del sector al cual pertenece, los presidentes y asesores de las Ramas que integran cada sección se reunirán separadamente, al menos una vez al mes, para tratar los problemas fundamentales que afectan a su sector y transmitirlos a la Junta Nacional.

5) *Secretaría General.*— Los diversos secretariados nacionales que actualmente no pueden desempeñar una vida propia, se reúnen en una sola Secretaría General, la que tendrá los departamentos correspondientes a los actuales secretariados, más todos aquellos otros servicios que el desarrollo de la A. C. requiera.

La Secretaría se constituirá sobre el siguiente plan: Informaciones, Publicaciones, Radio, Propaganda, Revista Ecclesia, Censura de Películas, Censura de Libros, Departamentos de Cooperativas, Departamento Campesino, Económico Social, Relaciones:

- con instituciones católicas nacionales,
- con instituciones no católicas nacionales,
- con instituciones católicas internacionales,
- con instituciones no católicas internacionales.

Los actuales jefes y asesores de Secretariados, seguirán desempeñando sus cargos como jefes del departamento respectivo en la Secretaría General.

6) La Tesorería Nacional tendrá dos funciones:

- Recolección de fondos, y
- Administración de fondos.

7) Se constituye una comisión provisoria presidida por el Vice-Asesor General e integrada por el Asesor Jefe de la A. C. Rural, Pbro. D. Humberto Muñoz, y por el presidente y secretario del Centro de Investigaciones Sociales de la Universidad Católica, y por un delegado de la Junta Nacional, para que en el plazo de un año, y de acuerdo con las Curias Diocesanas, vaya redactando un estudio de geografía y sociología religiosas, que de como el mapa apostólico de Chile y sirva de fundamento a un apostoiado planificado. Este estudio abarcaría temas como los siguientes: deslindes y poblaciones de diócesis y de parroquias; características de los distintos grupos de población desde el punto de vista religioso; distribución del clero por edades, nacionalidades, cardos, regiones o ambientes sociales en que ejercen su ministerio; vocaciones. Distribución y densidad de la población; vías de comunicación en relación con la acción pastoral; educación católica o no católica. Tal estudio abarcaría el conjunto del apostolado católico, ya que una de las fallas de la A. C. es su prescindencia del resto de la acción pastoral de la Iglesia, no sólo de las otras obras seculares existentes, sino también de la acción parroquial, educacional y misionera que se realiza. Sobre la base de semejante estudio se podría elaborar una "política" apostólica para la A. C. con su correspondiente plan de acción y método de trabajo.

III.- Se constituye el equipo de asesores bajo la dirección del Asesor General, quien toma a su cargo la orientación de la A. C. en sus tres movimientos, equipo subdividido a su vez en tres subequipos correspondientes a cada uno de los tres movimientos y a cargo de un asesor jefe cada uno. El equipo de asesores creará dentro de la A. C. una unidad de orientación que permitirá una verdadera colaboración y unidad espiritual entre las tres ramas principales y entre todas las secciones, sin perjuicio de las características propias de cada una.

La Conferencia Episcopal de los Obispos de Chile, previo informe de la Comisión Permanente para la Acción Católica, teniendo presente:

- 1) La necesidad urgente de intensificar la labor apostólica en el ambiente rural;
- 2) Los graves problemas espirituales y sociales que ahí se presentan;
- 3) Los peligros para la vida cristiana de esos ambientes que existen actualmente, acuerda:

— Ir a la creación de la Acción Católica Rural, que tendrá a su cargo el ambiente campesino.

Esta sección de la A. C. no se creará inmediatamente, pero se nombra al Pbro. don Humberto Muñoz, para que en su calidad de jefe de equipo de asesores rurales, vaya estudiando, con las iniciativas que actualmente existen y las que él vea posibles y necesarias, la creación en el futuro próximo de esta sección de nuestra A. C. Chilena, y proponiendo a la Comisión Episcopal aquellas medidas que hagan posible la pronta realización de este movimiento.

El Pbro. don Humberto Muñoz, queda bajo la dirección inmediata del Excmo. Asesor General para todo lo que diga relación con la tarea que se le encarga.

Deberá presentar, dentro del plazo de un mes, al Excmo. Asesor General, un plan inmediato de acción en este terreno.

Además, la Comisión Episcopal Permanente tomó otros acuerdos que también tengo el agrado de hacerle conocer. Estos son los siguientes:

El Movimiento Obrero.— La Comisión Episcopal insiste en la necesidad de dar al Movimiento Obrero Católico, unidad de directivas y planes, y encarga al Asesor General para que establezca ese plan de coordinación entre la JOC, ASICH y Movimiento Cooperativo.

Instituto de Acción Católica.— El estudio de la doctrina de la A. C. como los problemas técnicos que ella suscite, de una parte, unida a la necesidad de sólida preparación de asesores y dirigentes laicos, hacen ver la necesidad de la creación de este Instituto, el cual constará de dos actividades diversas: una de cursos de un año a realizarse en Santiago, y otra de cursos breves especializados, sea en Santiago o en provincias. La Junta Nacional estudiará y formará el plan concreto de este Instituto.

Como resumen, los puntos generales de esta reestructuración, pueden concretarse a los siguientes:

Unidad de la A. C. Chilena y especificación en tres secciones diversas: General, Obrera y Rural. Esta especificación se hace cada vez más necesaria y guardando la unidad general orienta hacia los ambientes propios de cada sección.

Esta orientación en la cual se acentúa el apostolado ambiental, de ninguna manera impide o disminuye lo parroquial; antes bien, se insiste sobre él.

Equipos de asesores totalmente consagrados a la A. C. La experiencia de 20 años de A. C. nos hace ver que sin un número aunque reducido de asesores, pero completamente dedicados y que por otra parte trabajen en equipo, y si es posible vivan en común, no se podrá hacer la A. C. que todos deseamos.

Secretariado General que concentre y agrupe a los actuales secretariados que quedan subsistiendo como departamentos dependientes de la Secretaría y con el mismo personal con que ahora cuentan.

La Junta Nacional, deberá reflejar esta reestructuración. Por lo que respecta a la A. C. General tendrá su comité directivo que servirá para relacionar las diversas ramas que la A. C. General abarca con la Junta Nacional.

El Vice-Asesor Pbro. Bernardino Piñera, desea reunir a los elementos directivos de la Junta y Consejos Nacionales para darles una explicación más detallada de estas modificaciones introducidas.

Le ruego, mi estimado presidente, haga conocer a la Junta estos acuerdos de la Conferencia Episcopal, que estoy cierto redundarán en beneficio y desarrollo de nuestra querida Acción Católica de Chile.

Lo saluda con todo afecto, su amigo y Capellán.

—:—

TERCERA SEMANA INTERAMERICANA DE A. C. EN CHIMBOTE
CLAUSURA (1)
(25 · X · 1953)

Señores:

En las páginas del Libro Eterno hay una escena que creo la mejor palabra para clausurar esta asamblea.

Nos la ofrece el Profeta Isafas.

La noche envuelve la ciudad dormida. En la quietud de su silencio, un grito mantiene el espíritu vigilante y alerta.

Son los centinelas que desde lejos se interrogan mientras sus miradas escrutan las densas tinieblas.

—Vigilante, ¿qué ves en la noche?

Y el centinela lejano responde como una esperanza:

—Amanece.

La noche de muchas desidias y egoísmos parece envolver nuestras tierras de América. El pesimismo de muchas claudicaciones ha hecho pensar que aún tarda la aurora, pero un laicado generoso y alerta, dócil al llamado de sus Pastores nos da en estos instantes la respuesta del centinela:

—Amanece.

Señores delegados, id a repetirlo en vuestras tierras. Id a decir que Chimbote es una aurora cargada de promesas. Id a decir a vuestros Pastores la voluntad decidida de este laicado de secundar dócilmente su labor.

Y cuando vuestros hermanos os pregunten ¿qué visteis en esta III Semana Interamericana de Acción Católica?, responded señalando el horizonte que la aurora comienza a blanquear:

Alborea.

(1) Escrito a máquina; del Archivo de Talca.

¿A DONDE VA LA ACCION CATOLICA CHILENA? (1)
(11 - XII - 1953)

1) "En todas las cosas mira el fin", es el ejemplo de la filosofía tradicional. Saber lo que se quiere, lo que se busca, es la base de la orientación de un problema.

Sobre la A. C. hay muchos conceptos y opiniones. Desde los que la creen una "novedad" perjudicial, hasta los que dicen que su tiempo ya ha pasado.

Sobre la A. C. chilena también hay muchas opiniones. Desde los que proclaman su fracaso, hasta los que quieren englobar todas las actividades apostólicas en ella.

Por eso escribimos. Para precisar y con ello esclarecer. Para señalar el fin que la A. C. pretende y con él su campo y métodos. Para decir a los que dudan o temen, a dónde vamos y a dónde queremos llegar.

2) Para señalar fines, debemos señalar hechos y principios. Así iremos sobre la segura base de la doctrina y de la realidad.

Sentimos ante todo un hecho; la descristianización creciente de los ambientes sociales. La vida profana ha perdido su carácter sacral, su sentido sobrenatural, su proyección eterna. **Es el laicismo. Consecuencia de este hecho, es la tensión, cuando no la oposición, entre la religión y la vida.**

Vida y religión aparecen para muchos como hechos irreductibles y antagónicos. Para unos este antagonismo los lleva a un naturalismo total, que se expresa en las mil formas de un neopaganismo. Para otros, a separar la religión de la vida, aún conservando ciertas prácticas cristianas.

De este modo los ambientes sociales se hacen cada vez más deformantes.

Esos ambientes ejercen una presión tal que es imposible el sustraerse a ellos.

Por otra parte, es en esos ambientes donde se gesta el mundo del futuro.

3) Ante este hecho innegable se presenta para el cristiano un doble problema: crear una vida al margen del ambiente sería ilusión. La interdependencia social hace imposible la vida del hombre fuera de su propio ambiente. A más de ilusoria, segundo problema, esa evasión sería perjudicial; el mundo del futuro se hará con los cristianos o sin ellos, y en este último caso será contra ellos.

(1) *Revista Católica*, Santiago, pág. 722 - 724.

Ni dejarse absorber por el ambiente, ni evadirse de él. La solución es entonces una: ser del ambiente y estar activamente en él para transformarlo en cristiano.

Este ha sido por otra parte el programa que el Evangelio y la tradición apostólica de la Iglesia nos trazan. La parábola del fermento en la masa está en la base de todo el apostolado cristiano. La plegaria de Cristo al Padre es "no te ruego que lo saques del mundo, sino que los preserves del mal" (2).

4) Junto a este primer hecho, un segundo que le es corolario necesario. Los que están directa y permanentemente en los ambientes temporales profanos, son los seculares. Por vocación providencial les corresponde vivir y actuar en ellos. En ese marco se desarrolla su deber de estado; en otras palabras, la voluntad de Dios sobre ellos. Esos ambientes son actualmente deformadores. Los que en ellos viven son los que deben cambiarlos.

5) Frente a estos dos hechos, señalamos brevemente, la doctrina. Los seculares son llamados a participar, a colaborar, en el apostolado jerárquico de la Iglesia. Es lo que hoy se llama la Acción Católica. La A. C. tiene un objeto propio que es el apostolado —es obra del apostolado secular— y está en íntima relación con la Jerarquía de cuyo apostolado participa. Estas son sus tres notas esenciales.

Es apostolado ya que no es sino la colaboración a la misión que los Doce recibieron. Es dependiente de la Jerarquía, ya que sin esa estrecha relación carecería de título suficiente y de vitalidad sobrenatural. Y es secular. Tiene como finalidad la transformación de la vida secular.

"La vida laica, ha dicho Cardijn (3), la verdadera vida secular, profesional, familiar, sentimental, etc., permanece y permanecerá siempre la materia prima, la materia fundamental de la A. C., la materia que primero y ante todo, debe ser transformada en materia apostólica".

6) Establecida la doctrina; misión apostólica de los seculares para transformar cristianamente los ambientes seculares, y el hecho; paganización de esos ambientes e influencia que ellos tienen tanto en la vida de los que actúan ahí como en la formación de las nuevas estructuras sociales, venimos a precisar qué es lo que la A. C. busca y pretende.

Y para decir lo que quiere, diremos antes algo de lo que no quiere:

a) La A. C. de Chile no quiere englobar todas las obras que pueden ser realizadas por seculares.

Han florecido, y florecen, a Dios gracias, en la Iglesia, muchas obras, piadosas, catequistas, educativas, sociales, etc. Responden a finalidades precisas, a métodos propios, a necesidades concretas.

Tienen una bella tradición que respetar y un amplio campo de acción que realizar.

(2) *Jn. 17, 15.*

(3) Cardijn, José. Cardenal belga contemporáneo, fundador y por muchos años asesor mundial de la Juventud Obrera Católica (JOC). Miembro de la Comisión para el Apostolado Laico en el Concilio Vaticano II.

La A. C., no quiere, ni sustituirse a ellas, ni englobarlas en su actividad. Quiere tan sólo ante ellas ser, en frase de S. S. Pío XII, "el campo central en que concuerdan y se coordinan los católicos de acción".

b) La A. C. no quiere ser una obra más a las que ya florecen o florecerán en la Iglesia. Su finalidad es más amplia, formar apóstoles seculares para la conquista de los ambientes. Esos apóstoles una vez formados prestarían a las diversas obras apostólicas su colaboración según su ocasión, aptitudes y destinación jerárquica.

Se ha dicho que la A. C. no aprecia la obra catequista, caritativa, asistencial, etc., y esto no es verdad. La aprecia altamente y quiere que sus miembros sean en ellas elementos eficaces y activos. Lo que no quiere es transformarse en una de esas obras. Primero, porque su finalidad no es esa, y segundo, porque invadiría campos que la Iglesia ya ha confiado a determinados organismos. No se trata por ejemplo, que los miembros de A. C. no hagan catecismo, al contrario. Se trata sí, que la A. C. no se identifique o invada el campo de la Cofradía de la Doctrina Cristiana. No se trata tampoco, que el miembro de la A. C. no haga caridad, ni asista a sus hermanos con miseria. Se trata igualmente que la A. C. no se transforme en una Conferencia de San Vicente de Paul (4); ni invada el campo que a ésta le es propio.

c) La A. C. chilena no quiere tampoco tomar en forma exclusiva y oficial la representación del laicado chileno. El apostolado de los laicos está "en gran parte organizado en la A. C. y en otras instituciones de actividad apostólica aprobadas por la Iglesia". (S. S. Pío XII, Congreso de los Laicos).

Quiere únicamente lo que S. S. Pío XII recordaba en su célebre discurso del Primer Congreso del Apostolado Laico:

"La A. C. representa en efecto el "Apostolado oficial" de los laicos, es un instrumento en las manos de la Jerarquía, y debe ser como la prolongación de su brazo".

Por eso insiste en su importancia y trascendencia y se siente íntimamente ligada a la amplia y multiforme labor del apostolado jerárquico.

7) La Acción Católica Chilena quiere:

a) Cumplir ante todo, su fin propio; formar apóstoles seculares que trabajen en la recristianización de sus ambientes.

b) Quiere que esta labor sea hecha por seculares, con responsabilidad propia en esta tarea, y con conciencia de haber recibido un mandato de la Iglesia sobre el ambiente en el cual actúa.

c) Los seculares quieren por la A. C. trabajar en íntima unión con la Jerarquía de la cual reciben el mandato apostólico y a cuyo apostolado colaboran.

Los asesores quieren en la A. C. cumplir en la forma más íntegra su gran misión de formación y orientación, dejando a los militantes la ejecución y realización.

El sacerdote tiene en la A. C. el rol insustituible de animar, educar y unificar el movimiento de los seculares.

(4) Institución católica tradicional de beneficencia.

d) Quiere formar conciencia de que el laicismo y materialismo que predominan en los ambientes actuales sólo podrá superarse cuando los apóstoles del propio ambiente pongan en esa masa el germen de la vida cristiana. El laicismo sólo podrá vencerse por el laicado.

e) Quiere que la A. C. tenga un alto sentido misionero, es decir, de expansión y conquista. Que su misión no sea del círculo estrecho, encerrado en ambientes ficticios, sino que tome la realidad de la vida actual para conquistarla para Cristo. El cristiano es luz que "debe lucir ante todos los hombres para que glorifiquen al Padre que está en los cielos" (5). Por eso, el militante del ambiente, lo deja en el ambiente y le da el sentido de su misión apostólica en él.

8) La A. C. será así, ante todo, la irradiación cristiana organizada en un determinado ambiente. Lo particular de la A. C., lo que la distingue, entre otras cosas, de las demás obras de apostolado, es que donde quiera que encuentra ambientes, organiza en ellos influencia cristiana.

Citamos a este respecto las palabras del Excmo. Cardenal Saliege (6), que sintetizan admirablemente esta idea:

"La presión social es un hecho innegable. Se manifiesta cada día más fuerte. Se ejerce en las sacristías, en los salones, en los ambientes de trabajo. Nada le escapa. El tiempo de Robinson Crusoe ha pasado". "Modificar la presión social, dirigirla, hacerla favorable al desarrollo cristiano, crear por ella un clima, una atmósfera donde el hombre pueda desarrollar sus cualidades humanas, llevar una vida propiamente humana, donde el cristiano pueda respirar a su antojo y permanecer cristiano, tal es, si no me equivoco, el fin de la Acción Católica" (7).

9) Por este motivo, la A. C. Chilena permaneciendo una en su dirección, una en su finalidad, una en sus métodos y espíritu, se orienta hacia tres ambientes definidos y permanentes. La A. C. no se especializa sobre grupos de actividad, de profesión o de circunstancia, lo que conduciría a una especialización sin término y produciría el mal de exceso de especialización.

La A. C. Chilena se especializa sobre tres ambientes reales y permanentes de vida:

Un ambiente obrero: la Acción Católica Obrera.

Un ambiente rural: la Acción Católica Rural.

Un ambiente independiente: la clase media y alta: A. C. Independiente.

No son tres A. C., sino una A. C. actuando sobre tres ambientes diferentes.

Tenemos confianza plena en el obrero y lo sabemos capaz de suscitar los apóstoles que salvarán al mundo obrero.

Tenemos confianza plena en el campesino, y sabemos que bien formado y orientado, irá a la redención de nuestros campos.

(5) Mt. 5, 16.

(6) Saliéges Card. Julio. Nacido en Mauriac en 1870. Cardenal desde 1946. Arzobispo de Toulouse.

(7) Saliége Card. Semana Social de Tolosa, 1945.

Tenemos confianza plena en nuestra clases media y alta, y sabemos que por ellos esas clases crearán ambientes cristianos donde la vida cristiana de los que pertenecen a ellos puede desarrollarse.

10) Y al hacerse esto, la A. C. no divide sino que pone la base de una verdadera unión.

No es el cristianismo, ni la Iglesia los que han creado las clases sociales, sino en el fondo la ausencia de un verdadero espíritu cristiano.

Pero, para superar esa división es necesario quitar el paganismo de la vida. Y para esto cristianizar los ambientes. Y para cristianizar los diferentes ambientes suscitar verdaderos y auténticos apóstoles en ellos.

La unión de las clases sociales debe realizarse antes en el terreno moral y religioso que en el económico y social. Doquiera reinan el egoísmo, la pereza, la avaricia, el orgullo; doquiera el pecado se ha cristalizado en las estructuras sociales, la Iglesia debe actuar. Y debe hacerlo ante todo, por el laicado que actúa en esas estructuras. Por eso nuestra A.C. se especializa. Para que ese sentido clasista desaparezca, hay primero que cristianizar las clases sociales. Y esa es la labor de nuestra A.C. orientada hacia los ambientes reales de vida.

11) Para que esto se logre, la A. C., más que una actividad representativa (procesiones, asambleas, desfiles), será primordialmente una acción conquistadora. Y para que sea verdaderamente conquistadora partirá de la base indispensable de una acción formadora. Es la grande e imprescindible tarea del Asesor: formar.

La A.C. es acción de seglares. Tienen ellos la responsabilidad. Pero esa acción proviene como fuente primera de la formación que el Asesor les da.

Una formación que no eduque al sentido de la responsabilidad apostólica, es una formación incompleta y deficiente. Faltaría en ella aquel "sentido de Iglesia" que es la base de la auténtica formación católica.

12) Así, formado apostólicamente, queremos que nuestro laicado católico comprenda y sienta su misión. No se trata de "hacer algo", "de moverse", "de actuar", sino saber por qué y para qué.

Se trata de una acción:

a) Consciente en que cada militante sabe exactamente lo que quiere aportar a su ambiente, cómo aportarlo y dónde efectivamente realizarlo.

b) Iluminadora: basada en la fe para hacer conocer las grandes verdades de la fe.

c) Vivificadora: para conducir las almas a la fuente de salvación; al Evangelio y como consecuencia a Cristo.

d) Unificadora: haciendo sentir su tarea apostólica se verá cómo el apostolado se unifica y cómo los diversos ambientes, las diversas edades, las diferentes especializaciones, concurren en una obra común; la edificación del Cuerpo de Cristo, el avanzar de la Iglesia, la Evangelización del Reino de Dios.

e) Obediente: hecho en sumisión a la Iglesia, en unión a la Jerarquía de la cual recibe el mandato y a cuyo apostolado gozosa y humilde colabora.

13) Con estas ideas generales, creo que hemos respondido a la pregunta que al iniciar estas líneas formulábamos:

“¿A dónde va la Acción Católica Chilena?”.

a) A dar cada vez más claramente a laicado apostólico la conciencia de su responsabilidad apostólica;

b) a formarlo sólidamente a esa tarea;

c) a confiarle la conquista de sus ambientes de vida;

d) a hacer posible y deseable en ellos la vida cristiana;

e) a lograr que, en una íntima compenetración del sacerdocio y laicado, realicemos en esta tierra chilena y en esta hora del mundo la gran petición de Cristo al Padre de los Cielos:

Venga a nos tu reino.



Durante un encuentro de A. C. De izq. a derecha: el Asesor Nac. de la JOC, Mons. Gabriel Larrain, el Pdte. Nacional de la A. C., Santiago Bruron; el Card. Silva Henríquez; Mons. Emilio Tagle.